

EL DIA MAS TRISTE DE LA IZQUIERDA

MANUEL CAMPO VIDAL

viciados ya desde el principio, y son una escenografía. Lo que puede asustar a la DC no es el paso de los socialistas hacia el comunismo, ni siquiera la propuesta de los radicales de formar una alianza de la izquierda dejando fuera a los comunistas: es que el PSI pase, también, a la oposición y haga difícil la tarea de gobierno. Cuando apure todas sus posibilidades, el PSI finalmente aceptará la colaboración. Parece lo probable.

La conclusión general de estas elecciones es que pueden significar un paso hacia la derecha, dentro de la línea general conservadora de la Europa Occidental en estos últimos meses. Y un nuevo aislamiento del PCI, que puede ser muy útil desde la oposición, si es que encuentra su doctrina y su campo de actuación. En el último Congreso, previo a las elecciones, no la encontró.

Un Gobierno de la Democracia Cristiana, con una colaboración de los socialistas (la fórmula centro-izquierda que ya se empleó, pero ahora un poco más inclinada hacia la derecha) y un apoyo en los grupos parlamentarios del centro y de la izquierda, una exclusión de los comunistas y una excelente tribuna para los radicales, que saben usar, la muy bien, es la panorámica de la política italiana, que se reflejará cuando pasen estos días de intentos, programas, negociaciones y conversaciones.

Lo que sí parece es que esta modificación política va a tener un reflejo difícil en la vida diaria. Italia necesita una reforma de arriba a abajo: es una sociedad mal construida, edificada como ha podido a partir de las obligaciones de posguerra. Esa reforma no sale, indudablemente, de estas elecciones. No cabe suponer que una ganancia de escaños en el Partido Comunista la hubiera procurado tampoco. La realidad es que las soluciones auténticas no podían salir de estas elecciones, porque no estaban planteadas en ellas. ■

MILAN, lunes 4 de junio de 1979. Las urnas se han cerrado a las 2 de la tarde en todo el país. El público se agolpa, incrédulo, ante los televisores que el Ayuntamiento ha instalado en las galerías que se encuentran junto al Duomo. El PCI está perdiendo dos puntos, y la Democracia Cristiana, uno, apenas comenzado el recuento.

A las 4,30 de la tarde, el diputado democristiano Massimo Carolis recibe telefónicamente una hipótesis final de los re-

to, su presidente es hombre muerto", sentencia con una satisfacción que su dureza no puede ocultar. Es la voz de los democristianos ultraconservadores, que en el interior de la DC reciben el generoso calificativo de "moderados".

A la misma hora, Zaccagnini ya se encuentra en un despacho del romano palacio del Eur, y probablemente respira por no haber alcanzado la mayoría absoluta que miles de democristianos esperaban y ahora lloran sólo consolados por la baja de los

sido batida". Es inútil. Massimo Carolis, Fanfani y Piccoli estarán pensando ya en otro primer ministro sin que Zaccagnini pueda evitarlo. Horas después, cuando Craxi se confirma como fiel de la balanza, pedirá otro primer ministro, condicionando un cierto apoyo socialista a la caída de Andreotti. Las declaraciones del cadáver son inútiles en estos casos.

Anochece. Las calles de Milán y la de cualquier ciudad italiana parecen las de otro día indeterminado. Sólo se oyen algu-



Enrico Berlinguer (PCI) y Giulio Andreotti (DC): ambos bajaron en el favor popular, sobre todo, el primero.

sultados. Corrige los datos del primer momento que tenía sobre la mesa de su escritorio y comenta fríamente: "Es suficiente. Perderé el PCI tres puntos y nosotros seguiremos igual, mientras sube el centro laico. Bastará con obtener la abstención socialista más el apoyo de los tres pequeños del centro (liberales, republicanos y socialdemócratas) y habremos logrado aislar a los comunistas". ¿Quién presidirá ese Gobierno? "Desde luego, Andreotti, no. Presidió el Gabinete de centro derecha en el '72 y el de aproximación a los comunistas en el '78. Ahora ya no vale ese Gobierno y, por tan-

comunistas. El 4 de junio de 1979 no será, afortunadamente, para la izquierda y para Italia, e incluso para la izquierda democristiana, el 18 de abril de 1948, en que fue derrotado ampliamente el Frente Popular.

A las 6 de la tarde, Andreotti, primer ministro dimisionario, guarda todavía silencio. Esperará todavía un poco hasta comprobar que no se van a producir variaciones electorales. Entonces, con aire artificialmente seguro con el que esconder su desesperación, declarará a la televisión: "La línea de la 'solidaridad' no ha sido derrotada. La línea del actual Gobierno no ha

nos claxons de "radicales" de Pannella, que han obtenido la elección de Leonardo Sciascia en la circunscripción Milán-Pavía. En Roma, los radicales ballarán en plaza Navona en honor de sus catorce diputados que suman a los cuatro obtenidos en el '76. Pero, aun así, las calles no son las mismas que las del 13 de mayo de 1974, cuando una manifestación de jóvenes arrancaba en Milán de la Pallazina Libera celebrando la victoria en el referéndum sobre el divorcio; o aquellas calles de Roma del 16 de junio de 1975, cuando por primera vez en su historia el Partido Comunista

ganaba la Alcaldía, o de aquel 21 de junio de 1976 en que Enrico Berlinguer salió al balcón de la sede nacional del PCI y Via Botteghe Oscure se venía abajo. El público, puño en alto, llegaba en aquella ocasión hasta la mitad del callejón que lleva a la piazza di Gesù, justamente hasta el punto en que el 9 de mayo de 1978 las Brigadas Rojas abandonarían el cuerpo ametrallado de Aldo Moro.

Las calles no son las mismas. Y en la televisión sólo aparecen rostros preocupados, pero con maquillaje de falsa satisfacción. Napolitano y Chiaromonte se acreditan como excelentes equilibristas: "No podemos menos que sentirnos satisfechos, porque el PCI retiene una buena parte de los votos de aquel extraordinario salto que en 1976 nos llevó desde el 27 al 34 por 100". Berlinguer sigue encerrado en su despacho con una parte de la dirección comunista.

La conexión con la sede socialista ofrece la imagen de un Bettino Craxi cuya alegría procede exclusivamente de la desgracia ajena. Craxi habla dicho: "No reforcéis el bipartidismo de la DC y el PCI". Y el público le hizo caso, en cierto modo, pero sin beneficiar a su partido. "La República" escribiría después: "Berlinguer llora, pero Craxi no ríe".

Es toda la izquierda italiana la que está a un paso del llanto. En Milán, Massimo Gorla, principal dirigente de la Nuova Sinistra Unita, recibe el mayor disgusto de su vida. "Es una gran derrota para la izquierda, pero especialmente para nosotros". Aquella misma mañana, en un diván de su casa, soñaba frente a una botella de vino y un periodista extranjero: "Vamos a dar una representación parlamentaria a la oposición social y política". Pronunciaba los nombres de tres importantes miembros de Magistratura Democrática, viéndolos ya diputados: "Ferraiolo, por Roma; Ambrosini, por Torino; Saracini, por Calabria". El mismo, apoyado en las raíces lombardas de Avanguardia Operaia, encabezaba la lista por Milán-Pavía. No fue elegido ninguno.

De madrugada, en la estación central de Milán, se aprecia un cierto movimiento de emi-

grantes que regresan a Suiza y a Alemania. Los carteles que anuncian los trenes que van a salir hacen que se sospeche su condición. Sus maletas los denuncian. Esta vez han sido muchos menos los que han aprovechado los descuentos de los trenes para acudir a votar y ver la familia, o para ver la familia y votar. El PCI cree que por ese camino ha perdido algunos miles de votos. Tal vez muchos eligieron los beneficios de las elecciones europeas para acudir a Italia a votar siete días más tarde, faltando a la cita con comunistas y socialistas.



El Partido Socialista es ahora el fiel de la balanza. En la foto, Bettino Craxi, su secretario general.

De la protesta al "rebeldismo"

Cuando el tren se acerca a Roma es la hora de entrada en fábricas y talleres. Hacía años que no se había entrado al trabajo con mayor tristeza, escribiría después "Il Manifesto". En las páginas de "L'Unità", que está ya en la estación, se reproducen los equilibrios en los titulares, pero Enrico Berlinguer no recurre al eufemismo para analizar la situación. Finalmente, la noche anterior había abierto la puerta de su despacho para entregar una declaración en la que daba la cara: "Il nostro partito ha registrato una sensibile flessione...". Cuando Ochetto, máximo dirigente del PCI en Sicilia, participe esta noche en el debate televisado sobre los resultados, no se verá forzado a realizar los equilibrios de Napolitano y Chiaromonte en la tarde ante-

rior; podrá moverse con libertad en el análisis, porque Berlinguer ha tendido bajo sus evoluciones la red de la "sensibile flessione".

A media mañana, las chicas que trabajan en la oficina de prensa del PCI en Botteghe Oscure se sorprenden cuando se les pregunta si aquella misma tarde habrá concentración con Enrico Berlinguer en San Giovanni Laterano. "Sí la hubo en 1975 y en el 1976, pero...". Ciertamente, 1979 es distinto. El PCI ha retrocedido después de treinta años de pequeños avances electorales, a excepción del gran salto del 76. En Roma, la DC

electoral, se mantiene firme en su petición: "O al Gobierno o a la oposición".

Entre tanto, en el despacho que Craxi tiene en la romana Via Tomacelli, se espera pacientemente la llamada democristiana para apoyar de algún modo el nuevo Gobierno. La Democrazia Cristiana llamará y el PS pondrá el precio alto. Craxi se siente más importante, aunque, en realidad, sólo lo sea porque los demás lo son menos. Pero no importa. El precio será igualmente alto.

A pocos metros de allí, en la misma Via Tomacelli, trabaja Lucio Magri. Del cauto optimismo preelectoral el PDUP (Partito d'Unità Proletaria per il Comunismo) ha pasado a la euforia empañada duramente por la pérdida de fuerza global de la izquierda. "Nuestro voto es estable en todo el país, aunque hayamos obtenido seis diputados. Es un voto razonado y no de protesta, como el del Partido Radical. Es la legitimación del intento de construir una fuerza a la izquierda del PCI, pero con claro deseo de trabajo unitario. Eso es lo que no ha comprendido Nuova Sinistra Unita, y de ahí su fracaso: hoy día, o la protesta se traduce en un proyecto político o se convierte en 'rebeldismo' político. Y viene el Partido Radical y se lleva su base presentando unas candidaturas en las que se mezclan ex dirigentes de Lotta Continua con anticomunistas notables".

A doce metros de donde se recoge esta conversación, en la Redacción de "Il Manifesto", Rossana Rossanda, Luigi Pintor y el resto del comité de dirección del periódico, que quiso desligarse del PDUP para mantener su independencia, terminan, al final de la tarde, de decidir el titular que aparecerá en la cabecera del número correspondiente al miércoles 6 de junio. Es difícil una mejor síntesis de lo sucedido: "Il voto non è tanto brutto per la vittoria (limitata) dell'area democristiana. Lo è per come colloca le sinistre. Le isola e le divide ulteriormente". (El voto no es tan feo por la victoria —limitada— del área democristiana. Lo es por cómo coloca a las izquierdas, las aísla y las divide aún más".) ■